

«Echiquier» de Normandía adquirió el carácter de permanente por virtud de una ordenanza de 1499. Un parlamento en una provincia significaba la aproximación y la presencia de la autoridad y de la justicia del rey.

Lo que se necesitaba era que la justicia fuese buena y accesible á los súbditos, y desde este punto de vista Luis XII tuvo las mejores intenciones, como lo demuestra la gran ordenanza que sobre esta materia dictó en marzo de 1499, en la cual reservaba á los graduados los empleos de tenientes de bailíos, disponía la elección de los prebostes y decretaba la disminución del número «desenfrenado» de procuradores y «la abreviación de los procesos», frases que se repiten en todas las ordenanzas, como para demostrar la magnitud del mal y la inutilidad de los remedios hasta entonces intentados. Ya en el siglo XIV lamentábase el rey de la «desenfrenada multitud» de procuradores y de los procesos interminables, males que subsistieron en los siglos siguientes.

La ordenanza de 1499, reproducción en este punto de un edicto de 1493, atacaba la venalidad hacía poco introducida en los cargos de la judicatura y contra aquella venalidad habían de pronunciarse los reyes tan á menudo y tan inútilmente como contra el número exagerado de los procuradores y la excesiva lentitud de los procesos. Declaraba también que los asuntos criminales debían ser juzgados «diligentemente», pero el procedimiento continuaba siendo secreto, y que el tormento sólo podría aplicarse previo el parecer de «gentes notables y no sospechosas», pero el tormento quedaba subsistente. Otras ordenanzas hicieron aplicable la de 1499 á los parlamentos de provincia ó determinaron la jurisdicción del tribunal del Chatelet de París. Y sin embargo, cuando se leen las quejas ó los anatemas de los escritores, desde Baude hasta Coquillart, Marot y Rabelais, se ve que las tales ordenanzas surtieron escasos efectos. Esta materia es una de aquellas en las cuales la realza ha legislado más y ha impuesto menos su voluntad.

Más afortunados fueron Carlos VIII y Luis XII en sus disposiciones para restablecer el orden material, y los testimonios de los contemporáneos son tan favorables en este punto, como desfavorables en lo que se refiere á la administración de la justicia. Como el mayor mal provenía de las gentes de guerra, una ordenanza de 1493, que recordaba otras ordenanzas anteriores, les prohibió reunirse en número de más de seis y ordenó á los prebostes y bailes que reprimieran sus violencias y se dirigieran á nobles sujetos al *ban* y al *arriere-ban*, ó á gentes de á pie, para constituir una fuerza siempre dispuesta. Luis XII reprodujo y amplió estas medidas y quiso además reprimir los abusos de los «condes, barones, caballeros, hidalgos y demás que tienen tierras, hombres y súbditos y que se dedican diariamente á sacar de dichos hombres y súbditos muchas sumas de dineros, granos y vinos, bien por advertencias de preservarles de gentes de armas, bien por amenazas ó por otros medios indebidos.»

A esta preocupación de la justicia, del orden y de la protección de los humildes tienden también la revisión y la publicación de los derechos consuetudinarios que comenzaron ya en tiempo de Carlos VII, y por las que se interesan mucho Carlos VIII y Luis XII, á juzgar por el gran número de ordenanzas publicadas sobre esta

materia desde 1492 á 1515 (1). En 1516 publicó una recopilación de las «Costumbres» de Francia. Los documentos relativos á la revisión del derecho consuetudinario de París revelan el procedimiento que para su redacción se seguía: varios representantes de la nobleza, del clero y del tercer estado fueron convocados en unión de varios miembros del orden judicial, habiéndose celebrado en 22 de marzo una asamblea en la cual encontramos en representación de la nobleza á la señora de la Ferté-sous-Jouarre, al conde de Dammartin, al señor de Chartres y Marcoussis, al de Palaiseau y al barón Guillermo de Montmorency. En representación del tercer estado había principalmente hombres de ley. La redacción fué favorable á este último y lo demuestra el hecho de que la nobleza y el clero hicieran reserva de sus derechos, lo que prueba que estos derechos resultaban lastimados.

El escollo de aquel gobierno, como el de tantos otros, fué la hacienda, porque es preciso no hacer caso del todo de los elogios de los contemporáneos. Carlos VIII había gastado mucho. Luis XII había comenzado dictando medidas de economía y pudo, en un principio, disminuir los pechos; preocupóse, además, de establecer una especie de regularidad en la administración, aunque sin modificar nada de la organización general, y promulgó edictos, casi todos copiados de los de sus predecesores, sobre la Cámara de las cuentas y el Tribunal de pechos y monedas (2). Pero, en cambio, dejó que se desarrollara la venalidad en los cargos financieros, no tardando en constituir un verdadero azote y multiplicándose las resignas mediante dinero, aun en las Cámaras de las cuentas.

Además, desde sus primeros tiempos vióse acosado aquel monarca por necesidades de dinero á las cuales el cardenal de Amboise, según dicen los cronistas, trató de subvenir con los recursos del Milanesado; mas cuando este ducado fué presa de las invasiones y al fin se perdió, al mismo tiempo que la guerra se generalizaba, fué menester encontrar nuevos recursos y pedírselos á Francia. Varias ordenanzas de 1513 y 1514 revelan toda la gravedad del mal porque el rey se ve obligado á confesar que los empréstitos y los impuestos han dado todo lo que de ellos podía exigirse y que no queda más que un remedio extremo, empeñar ó aun vender bienes del patrimonio real hasta la suma de 600.000 libras tornesas. De modo que Luis XII, á pesar de todos sus esfuerzos, hizo soportar al país cargas pesadas, por lo menos en los últimos años de su reinado, y todavía dejó deudas bastante considerables.

IV.—Reformas en la Universidad y en las órdenes monásticas

El título de legado general de Francia que recibiera de Julio II, daba á Jorge de Amboise poderes muy amplios, tanto que después de la oposición de la Cámara apostólica suscitaron la del Parlamento y de la Universidad. Amboise usó de aquellos poderes para restable-

(1) Esmein, *Cours élémentaire d'histoire du droit français*, tercera edición, 1898, págs. 744-752.

(2) Véase el tomo precedente, págs. 737 y siguientes, y Jaqueton, *Documents relatifs à l'administration financière en France de Charles VII à François I* (1443-1523), 1891.

cer el orden en el clero, sobre todo en el regular, y en el cuerpo universitario que así por su espíritu como por su organización estaba íntimamente relacionado con la Iglesia. A principios del siglo XVI manifestábase poco ó mucho en todas partes sentimientos de reforma eclesiástica (1): las cuestiones teológicas apasionaban los ánimos, pero la Universidad y la Sorbona que debieran haber figurado en primera fila entre los reformadores, se entretenían en antiguos formalismos ó en miserables disputas de privilegios, sólo pensaban en defender sus prerrogativas y se unían á las órdenes religiosas, animadas de igual egoísmo.

Una ordenanza de 1498 quiso poner término á los abusos que se cometían bajo el título de «escolar» (2), declarando que las ventajas del fuero universitario sólo corresponderían á los verdaderos estudiantes, matriculados con seis meses de antelación y agregados continuamente á una universidad, y no duraría más de cuatro años para la facultad de artes, ocho para la medicina y catorce para la teología. En 1499, otra ordenanza recordaba á la Universidad la observación de las medidas adoptadas por el cardenal de Estouteville, en tiempo de Carlos VII. Estas resoluciones, que aceptó el Parlamento, fueron causa de grandes disturbios: los escolares decidieron suspender los estudios, los predicadores de la Universidad anunciaron desde el púlpito que se abstendrían de predicar, y se fijaron algunos pasquines sediciosos, todo lo cual obligó al preboste de París á declarar la ciudad en estado de sitio. El rey entró en la capital rodeado de un gran número de gentes de armas, celebró sesión solemne en el Parlamento y poco á poco se restableció la calma; pero la Universidad quedó muy mal dispuesta respecto de Amboise.

El cardenal quiso, sobre todo, reformar las costumbres de los frailes (3), fijándose con especial energía en los dominicos y en los franciscanos. El monasterio de los dominicos contenía de tres á cuatrocientos hermanos, «los unos estudiantes (sin duda los falsos escolares á que se referían las ordenanzas de 1498 y 1499) y los otros dedicados al servicio de la iglesia, los cuales no cumplían todas las ceremonias de su religión, sino que parecían disueltos en punto á conversación y costumbres.» Enviáronles individuos del clero y seglares para recordarles el cumplimiento de su regla y especialmente para prohibirles las salidas del convento, á lo que contestaron que, siendo como eran estudiantes, habían de asistir á las lecciones de los doctores y á las «disputas» de la Sorbona. Negáronse, por ende, á obedecer y á ellos se unían ya los escolares «con armas debajo de sus largos hábitos;» y habiendo sido expulsados por primera vez, reaparecieron los dominicos «con más de mil doscientos escolares armados» y trataron

(1) Sobre este asunto véase el capítulo I del libro IV.

(2) Jourdain, *Index Chartarum pertinentium ad historiam universitatis parisiensis*, tomo I, 1862, pág. 311. Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*, tomo XI, pág. 301.

(3) Lo mismo se trataba de hacer, en más ó menos grado, en todas partes, ya antes de que él lo intentara. En 1493, el embajador florentino dice que el Parlamento y la Universidad han acudido al rey para obtener la reforma de la Iglesia de Francia y que un gran número de órdenes monásticas, de hombres y de mujeres, han sido reformadas á fines del siglo XV por sus propios abades ó abadesas. De esto volveremos á ocuparnos en el capítulo de la Reforma francesa.

de entrar de nuevo en su convento; pero al fin se vieron obligados á salir de París.

En el convento de los franciscanos Oliverio Maillard (4), individuo de la orden á quien apoyaba el cardenal, quiso introducir cincuenta hermanos partidarios de la reforma. Los monjes trataron de evitarlo recurriendo á una verdadera escena de comedia: en efecto, cuando se presentaron los delegados del cardenal, los encontraron reunidos en la iglesia cantando: «*Domine, non secundum peccata nostra facias nobis*,» y durante cuatro horas se sucedieron los cánticos y los himnos sin interrupción, de manera que no pudo leerse la ordenanza de reforma. Entonces intervinieron el preboste y el gobernador de París, con cien arqueros de la guardia del rey y los alguaciles de la ciudad, y se concertó un compromiso que excluía á Oliverio Maillard y confiaba el cuidado de la reforma á un monje sin duda más moderado. Una ordenanza de 14 de agosto de 1502 encargó á los funcionarios reales que obligaran á los franciscanos á obedecer á su general para la restauración de la orden, y en 1512 todavía encontramos medidas de este género.

Todas estas disposiciones responden perfectamente á los sentimientos de la época y añaden algo á la fisonomía de aquel tiempo. La sociedad de fines del siglo XV y comienzos del XVI no promueve elevadas concepciones en materia de gobierno, de legislación, de estética ó de creencias, pero tiene buenas intenciones, buena voluntad y preocupaciones morales, sólo que no busca aún el progreso en sus propias tradiciones y se ve arrastrada inconscientemente hacia las novedades del porvenir.

CAPITULO II

LOS COMIENZOS DEL RENACIMIENTO FRANCÉS (5)

I. La civilización italiana y la civilización alemana á fines del siglo XV.—II. Primeras sensaciones de Italia y de antigüedad en Francia.—III. La erudición.—IV. La literatura.—V. Las artes.

I.—La civilización italiana y la civilización alemana á fines del siglo XV.

«Hétenos ya llegados á una época en que una nación cambia de temperamento,» ha escrito Quinet á propósito de la Italia del siglo XV. Mucho mejor pueden aplicarse estas palabras á la Francia del siglo XVI y tal vez encierran la definición, tantas veces buscada, del Renacimiento francés. Conservaremos la palabra Renacimiento, á pesar de que es inexacta si se la toma al pie de la letra, porque es la que está en uso, pero

(4) P. A. Samoullan, *Olivier Maillard, sa predication et son temps*, 1891, págs. 43-54.

(5) FUENTES Y OBRAS PRINCIPALES.—Al tratar de la época de Francisco I, cuando el Renacimiento francés está en su pleno desarrollo, publicaremos la bibliografía más completa de la historia de la literatura y de las artes. Las indicaciones esenciales para este capítulo son las siguientes:

1. Parte literaria: *Histoire de la langue et de la littérature française*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville, tomo III, 1897. Lanson, *Histoire de la littérature française*, 7.ª edición, 1902. A estas obras volveremos á referirnos en el capítulo V. Brunetière, *Manuel d'histoire de la littérature française*, 1897.

sin darle otro significado que el de una evolución. Italia primero, la antigüedad después, han operado entre nosotros esa transformación más ó menos rápida de nuestro temperamento intelectual.

A fines del siglo xv, dos formas de civilización se repartían aún el dominio de Europa: la del Norte, que continuaba inspirándose sobre todo en el espíritu de la Edad media y que tenía su centro de actividad en Alemania y en los Países Bajos, y la del Mediodía, que se enlazaba con la antigüedad greco-romana y cuyo foco, en extremo ardiente, era Italia.

En el momento en que los franceses pasaron los Alpes, Italia se hallaba en plena prosperidad (1). No sólo Florencia, Roma, Venecia, Nápoles y Milán, sino que también ciudades de segundo orden, como Rímíni, Urbino, Cremona, Pavía y Siena, rebotaban de población. Los príncipes, los jefes de las grandes familias y los ciudadanos enriquecidos por el comercio, por la banca ó por la industria, consagraban su fortuna á proporcionar todos los goces de la existencia, se hacían construir mansiones suntuosas y eran aficionados á las fiestas elegantes, á las ceremonias espléndidas. Los Médicis en Florencia, los Gonzagas en Mantua, los Este en Ferrara, estaban rodeados de literatos, de sabios y de pintores y varios de ellos eran también poetas ó artistas. Algunas damas, como la marquesa de Mantua, Isolda de Rímíni y Blanca Sforza, hacían la misma vida intelectual. El siglo xv en Italia es el siglo de los Mecenas, que sirvieron de ejemplo á nuestros reyes y á nuestros grandes señores.

En estas condiciones se había desarrollado el Renacimiento.

En Italia, desde principios del siglo xiv, hubo con Dante († 1321) y Giotto († 1336) una gran actividad de producción intelectual que puede considerarse como

Darmesteter y Hartzfeld, *Le XVI^e siècle en France*, cuadro de la literatura y de la lengua, seguido de una colección de trozos escogidos, 2.^a edición, 1883. Se observará que las historias de la literatura francesa tratan muy ligeramente de la época de Carlos VIII y de Luis XII, lo cual se debe, sin duda, á que sus autores no se colocan en el mismo punto de vista que nosotros.

2.^o Parte artística. Los archivos de la Comisión de monumentos históricos contienen reproducciones fotográficas de un grandísimo número de monumentos de arquitectura y aun de escultura. Muchas obras escultóricas han sido vaciadas y en su mayor parte hállanse reunidas en el Museo de escultura comparada del Trocadero. Se poseen algunas fotografías de pinturas, tapices y ventanales, pero muy pocas de miniaturas. Las principales obras generales son: L. Palustre, *La Renaissance en France*, sólo se han publicado tres volúmenes desde 1879 á 1885; L. Palustre, *L'architecture de la Renaissance*, 1892. Choisy, *Histoire de l'architecture*, tomo II, 1899. Gonse, *La sculpture française depuis le XIV^e siècle*, 1894. No hay ninguna historia buena de la pintura francesa en el siglo xvi. P. Mantz, *La peinture française du IX^e à la fin du XVI^e siècle*, 1897, es un resumen. Las obras de Koechlin y Marquet de Vasselot, *La sculpture à Troyes et dans la Champagne méridionale au XIV^e siècle*, 1900, y de P. Vitry, *Michel Colombe et la sculpture française de son temps*, 1901, tienen un interés general y además contienen excelentes bibliografías.

(1) Müntz, *Histoire de l'art pendant la Renaissance en Italie*, tomo I, 1889. L. Geiger, *Renaissance und Humanismus in Italien und Deutschland*, 1882. Gaspary, *Storia della letteratura italiana* (traducida en italiano de la obra alemana), 1885-1888. E. Müntz, *La Renaissance en Italie et en France à l'époque de Charles VIII*, 1885. J. Burckhardt, *La civiltà del Rinascimento in Italia*, traducción en italiano de la obra alemana por D. Valbusa con adiciones por G. Zippel, dos volúmenes, 1899; traducción francesa por Schmidt, dos volúmenes, 1885.

un renacimiento. Después, en el mismo siglo xiv, Petrarca († 1374) apasionóse por los recuerdos de Roma y de Atenas, por los escritores latinos ó griegos, y arrastró consigo á casi todos los hombres de su generación. A partir de aquel momento comenzó el «renacimiento de la antigüedad,» de donde debían salir el humanismo y el clasicismo y que fué sobre todo obra de los eruditos y de la pedagogía.

Durante el siglo xv, el fondo de toda educación lo constituyeron los autores antiguos, estudiados y explicados; restauróse la filosofía de Platón y las ideas platónicas se difundieron por todas partes, y la civilización reconstituída de Atenas y de Roma llegó á ser para las inteligencias algo viviente. Tito Livio, Virgilio, Cicerón y Silio Itálico fueron imitados por los escritores y usaron la lengua latina no sólo los sabios, sino hasta los mismos poetas.

Lo propio sucedió con la estética y con las artes. Tradújose y comentóse á Vitrubio, cuya obra resumía la doctrina arquitectural de los antiguos; se estudiaron los monumentos arruinados existentes en Roma; se excavó la tierra para exhumar estatuas, de igual modo que se habían explorado las bibliotecas de los conventos para encontrar manuscritos; se formaron colecciones de antigüedades; establecióse, insiguiendo á Vitrubio y tomando por modelo los antiguos monumentos, las reglas y la técnica de la construcción y el sistema de los órdenes de columnas, dórico, jónico, corintio, el de los frontones, los principios de la ornamentación, la greca, el ovario, los medallones, y se introdujeron en la pintura y en la escultura los asuntos de historia y de mitología, la imitación de las estatuas y de los bajos relieves y la reproducción del traje romano, de los templos y de los palacios.

De manera que toda la pedagogía literaria y artística se fundaba en la civilización antigua y pagana; era una regresión al pasado.

Pero si tales eran á fines del siglo xv las tendencias de la erudición diseminadas por la educación en las inteligencias, los escritores y los artistas no se conformaban enteramente con ellas; así Boiardo y Pulci compusieron en italiano el *Orlando innamorato* (Orlando enamorado) y el *Morgante Maggiore* (*Morgante el Gigante*), poemas cuyos asuntos estaban tomados de leyendas de la Edad media y en los cuales Boiardo y Pulci describían las costumbres de la sociedad contemporánea.

Donde más se imitaron los modelos antiguos fué tal vez en la arquitectura; sin embargo, los artistas no los copiaban servilmente, sino que tomando de ellos las arcadas y las bóvedas de medio punto, la columna, el chapitel y la ornamentación, introducían en los mismos combinaciones que les eran personales.

Uno de los monumentos característicos de la época y precisamente de los que fueron más admirados por los extranjeros, es la Cartuja de Pavía. En su fachada, que data de los últimos años del siglo xv, aparecen reunidos todos los estilos, viéndose en ella arcos de medio punto, columnitas y frontones, entre una profusión de motivos ornamentales que no ofrecen la menor unidad: profetas y héroes mitológicos, medallones de emperadores y de santos, amorcillos y querubines, bucranos (cabezas de buey descarnadas que eran uno de los temas favoritos de los antiguos arquitectos) y calaveras; Hércules aho-



ANA DE BRETAÑA DIRIGIÉNDOSE Á LA CATEDRAL PARA SER CORONADA REINA DE FRANCIA
Miniatura de Andry de la Vigne, que se halla en la reseña de la coronación de esta reina en Saint-Denis
El manuscrito se conserva en el museo de grabados de Berlín

gando á Anteo, al lado de la Virgen y de Jesús. Las columnitas y las pilastras estaban adornadas con guirnaldas de flores y frutas, con medallones antiguos, bustos de sátiros. En una palabra, preside en aquella fachada el estilo de los arabescos que durante medio siglo aproximadamente representó casi exclusivamente el Renacimiento arquitectónico á los ojos de los extranjeros y que fué imitado casi por toda Europa.

Los estatuarios y los pintores se inspiraban en la antigüedad pagana ó en el cristianismo, pero también en las escenas contemporáneas. Mantegna representaba el *Triunfo de Julio César* y en él reproducía todos los detalles de la vida romana: trajes civiles y militares, armas, carros, jarrones copiados de los bajos relieves de los arcos de triunfo ó de la columna de Trajano; en cambio, Perugino pintaba Vírgenes ó Santos y Verocchio esculpía la estatua ecuestre del condottiero Colleone y le cubría con la armadura que llevaban los guerreros de aquella época. Todos los escultores y pintores hacían retratos ó se dedicaban á representar el modelo en la plena realidad de su tipo y de su traje. De suerte que al lado de un arte casi clásico había un arte realista muy fecundo y en extremo notable (1).

Cuando los franceses entraron en Italia, los literatos y los artistas que allí conocieron no eran todavía aquellos en quienes se personifica el Renacimiento puramente clásico, es decir, Maquiavelo, Ariosto, Miguel Angel, Tiziano, Rafael: el más viejo de éstos, Maquiavelo, tenía en 1494 veinticuatro años; Rafael contaba sólo once. Las grandes reputaciones de aquel tiempo eran Boiardo, Pulci, Politiano, Botticelli, Perugino, Mantegna, Verocchio y Bellini. Leonardo de Vinci (nacido en 1452) estaba ya en la plenitud de su genio, pero Carlos VIII apenas le conoció, y Luis XII, aunque le admiró mucho, no pudo llevárselo á Francia.

El arte italiano de fines del siglo xv tenía todo lo necesario para atraer y seducir á los franceses: la mayoría de sus obras eran encantadoras, algunas bellísimas; pero no todas eran sabias, sino que la mayoría de ellas eran fácilmente comprensibles. No se necesitaba ser muy instruído para que gustaran una Virgen de Perugino ó un retrato de Botticelli, ni para admirar la estatua de Colleone; podía suponerse que estas obras eran muy superiores á las del arte francés de la época, pero no había divergencia absoluta entre unas y otras. No obstante gracias á aquella seducción, los franceses habían de recibir con ellas las doctrinas que Italia había tomado de la antigüedad renaciente y que los hombres del siglo xvi iban á formular de una manera definitiva.

Renacimiento, clasicismo, humanismo, son, por consiguiente, vocablos casi sinónimos en la historia intelectual del siglo xvi y que designan una forma de pensamiento ó de arte, una concepción de lo bello inspirada en la antigüedad. Los hombres del Renacimiento, los clásicos ó los humanistas, rompen con toda la educación de la Edad media; y al tratar de asimilarse nuevamente el genio de Grecia y de Roma, de reconstituir todo un patrimonio de ideas y de sentimientos que en-

sanchen los dominios de la humana inteligencia, realizan una obra hermosa y fecunda. Pero cuando se propusieron hacer revivir artificialmente Grecia y Roma en el mundo moderno, cuando renunciaron á la herencia de su pasado, cuando se negaron á reconocer las realidades contemporáneas, se impusieron una misión ficticia é inferior.

La civilización de las Flandes y la de Alemania ofrecen muchos puntos de contacto en el siglo xv, lo que se explica por las relaciones políticas y sociales en que constantemente vivían ambos países.

La riqueza de los Países Bajos y de Alemania podía compararse con la de Italia (2). Un italiano escribía en 1471 que «las ciudades alemanas no eran muy inferiores á las de la península y que algunas hasta resultaban superiores (3).» Nuremberga, Augsburgo, Maguncia, Brunswick, Brujas, Gante, Lovaina y aun las villas secundarias, como Landshut, Calcar, Ipres y Harlem, sostenían relaciones comerciales con toda Europa, y los barcos alemanes ó flamencos iban á Portugal y á España á llevar los productos de la industria y de las artes de su país. Los banqueros de Augsburgo eran tan ricos como los de Florencia ó de Venecia; la corte de Borgoña no era menos brillante que las de los príncipes de Italia, y los ciudadanos de Gante, Maguncia y Nuremberga complaciáanse también en hacer construir iglesias y edificios públicos ó privados y en adornar sus ciudades con estatuas y obras de arte. Desde 1451 á 1506 creáronse en Alemania nueve universidades, y la historia del invento de la imprenta atestigua cuánta efervescencia de ideas y de intereses había en poblaciones como Maguncia, Estrasburgo y Francfort, en donde encontramos soñadores que van en pos de lo nuevo, como Gutenberg, especuladores, hombres de negocios como Fust, etc.

Uno de los principales rasgos característicos de la civilización en el siglo xv en Alemania ó en los Países Bajos, es la investigación de los progresos prácticos y el espíritu de inventiva: en aquellos dos países nacieron la imprenta, la pintura al óleo y tal vez el grabado; y sin llegar hasta el extremo de decir que «por el solo invento de la imprenta han sido los alemanes los más grandes bienhechores de la humanidad (4),» es evidente que con ella han contribuído á la renovación del mundo.

Otro rasgo característico de aquella civilización es que si no hubo en Alemania ni en los Países Bajos grandes literatos, hubo, en cambio, muchos eruditos, filósofos y pensadores. Estos entablaron bastante pronto relaciones con Italia y por ella conocieron la antigüedad, y su sueño fué conciliar las tradiciones nacionales y la fe con la ciencia nueva. A comienzos del siglo xv habíase fundado en Deventer, en los Países Bajos, la «Congregación de los hermanos de la Vida común,» que se consagró en un principio á dar una educación cristiana á los jóvenes y cuyos directores fueron, algo después, los principales introductores de

(1) Courajod ha insistido mucho sobre el Renacimiento realista en Italia fuera de la antigüedad. Véase *Leçons professées de l'Ecole du Louvre* (editadas por H. Lemonnier y A. Michel), tomo II, 1901. Véase también Marcelo Reymond, *La sculpture florentine*, 1897 á 1900, primera parte.

(2) Janssen, *L'Allemagne á la fin du moyen âge*. Véase lo dicho anteriormente, pág. 67.

(3) «... que nostris italicis urbibus non multum cedant, interdum etiam superent.»

(4) Estas palabras son de Wimpeling (véase más adelante).